



“Amor y Conocimiento”

Testimonio de un matemático respecto a la *Caritas in Veritate*

encuentro con

Laurent Lafforgue, director del Departamento de Matemáticas en el *des Hautes Etudes Scientifique* de París

coordina

Marco Bersanelli, profesor de Astronomía e Astrofísica en la *Universidad de los Estudios de Milán*

traducción de Camilo para Kaire

Teatro Nazionale, Piazza Piemonte 12, Milán
26 de octubre de 2009

MARCO BERSANELLI: Buenas tardes. Tengo la tarea de introducir a nuestro invitado. Para mi es verdaderamente un gran placer presentar a Laurent Lafforgue, que tengo la fortuna de conocer desde hace algunos años. Cada vez que tengo el honor de encontrarlo es como un nuevo horizonte que se abre a través de su testimonio de gran matemático y gran hombre. Laurent Lafforgue es profesor permanente del instituto superior de estudios científicos en París, es investigador de la CNRS de Orsay desde 1990 y en los años Noventa se dedicó al estudio del así llamado programa de Langlands, que lo han llevado a lograr resultados que le han servido en 2002 para la medalla Fields. Cuando obtuvo este reconocimiento tenía treinta y cuatro años: estamos por tanto con uno de los más grandes matemáticos vivientes. Su contribución en el campo de la matemática es fundamental para llegar a una forma de unificación de teorías matemáticas que son a priori muy lejanas, diferentes, como la teoría de los números, la teoría de la representación de los grupos y el análisis. Además, sobretodo desde 2004, junto con continuar su actividad de investigación en matemáticas, comenzó a interesarse por el problema educativo, por la educación en la escuela en Francia, sobre lo cual ha escrito junto a otros doce colegas un libro titulado *La disfatta della scuola: una tragedia incompresa (La desintegración de la escuela: una tragedia no comprendida)*. En ello relata una crítica muy aguda respecto al problema de la transmisión del conocimiento en la escuela francesa: está aconteciendo un hiato, una fractura en la transmisión de la cultura, en cuanto los poseedores del conocimiento - los profesores sobre todo universitarios - ya no tienen el deseo de transmitirla, como si ellos mismos dudaran del valor de lo que enseñan. Esta perspectiva ha vuelto su intervención objeto de de gran interés y gran debate en Francia. Por lo tanto tenemos con nosotros a un gran matemático y un gran sostenedor de la educación.

El tema de hoy, que como saben es "Amor y Conocimiento", será profundizado por el testimonio de un matemático respecto a la *Caritas in Veritate*, la última encíclica de Benedicto XVI. El tema de hoy por lo tanto es afrontado por un hombre que tiene este nivel cultural y de investigación. Amor y conocimiento parecen para nuestra mentalidad actual dos palabras extrañas la una a la otra. Hoy el conocimiento, sea como investigación sea como educación, siempre más termina por ser concebido como simple colección de contenidos, en el cual el yo humano esta como perdido, queda confuso. Sabemos tantas cosas: la búsqueda científica, por ejemplo, nos lleva a conocer muchas cosas, pero es como si lo que conocemos no nos cambiara, como si no se viera emerger un regocijo del conocer más. Benedicto XVI en aquel famoso discurso que no pudo pronunciar en la Sapienza, citando San Agustín decía: «La conoscenza, da sola, rende tristi» ("*El conocimiento por sí sólo entristece*"). En una mentalidad en la cual la razón y afección son concebidas separadas, parece imposible poder hablar del conocimiento como amor o del amor como conocimiento. Benedetto XVI en la *Caritas in Veritate* va realmente contra la corriente, por lo tanto, cuando dice: "Conocer

no es un acto sólo material, porque lo conocido siempre esconde algo que va más allá del dato empírico. Cada conocimiento nuestro, también el más simple, es siempre un pequeño prodigio, porque no se explica nunca completamente con los instrumentos materiales que utilizamos." Dejo la palabra a Laurent, ansioso de escuchar cómo estas palabras entran en el ánimo de un hombre del siglo Veintiuno, de uno de los más grandes matemáticos al mundo. Estoy curioso por saber, pues, qué tienen que decirnos, al drama y a la soledad del hombre contemporáneo, es decir, a cada uno de nosotros.

LAURENT LAFFORGUE: Para nosotros los Cristianos nada es más natural y usual que pensar en el cristianismo como la religión del amor. Son pocos, en cambio, los que logran pensar en el cristianismo también como a la religión del conocimiento. Por otra parte es difícil asociar instintivamente amor y conocimiento: las lenguas modernas europeas no facilitan este acercamiento, al contrario de lo que ocurre en la lengua hebrea en la cual el mismo verbo significa al mismo tiempo amar y conocer.

En la Biblia hebrea conocer trasciende el saber abstracto y expresa una relación existencial. Conocer algo quiere decir tener de ello experiencia concreta. Conocer a alguien quiere decir entrar en relación personal con él.

Pero el tipo de conocimiento que querría tomar hoy en examen es el conocimiento académico, aquél que es objeto de enseñanza en las escuelas, en los bachilleratos y en las universidades. ¿Existe una unión entre este tipo de conocimiento y el amor? ¿El mandamiento hebreo y cristiano del amor pide enseñar y aprender conocimientos? Si es verdadero que, como dice San Juan de la Cruz, "en la tarde de tu vida serás examinado sobre el amor", ¿la búsqueda del conocimiento y su transmisión hacen parte de la vocación del hombre querida por Dios?

La pregunta es ahora más legítima del momento en que numerosos y bien conocidos pasajes de las Sagradas Escrituras refuerzan, a la presencia de "sapientes" y "sabios", la inadecuación de fondo de su saber y de su sabiduría.

En el Evangelio según Mateo, el Cristo mismo "*rinde alabanza al Padre*" con estas palabras asombrosas: "*Te bendigo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has tenido escondidas estas cosas a los sabios y a los inteligentes y las has revelado a los pequeños. Sí, oh Padre, porque así te ha gustado a ti*".(Mateo 11,25-26)

En la primera carta a los Corintios, San Pablo remite la "*sabiduría de los sabios*" y "*la inteligencia de los inteligentes*" a su nada, con fórmulas de una potencia impresionante: "*Pues Cristo no me envió a bautizar, sino a predicar el evangelio, no con palabras elocuentes, para que no se haga vana la cruz de Cristo (...)* Porque está escrito: *Destruiré la sabiduría de los sabios, y anularé la*

inteligencia de los inteligentes"(...)¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el maestro? ¿Dónde está el estudioso de este mundo? ¿Dios no ha convertido en tontería la sabiduría de este mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo, con toda su propia sabiduría no conoció a Dios, agradó a Dios salvar a los creyentes mediante la necedad de la predicación (...) necedad para los Gentiles (...) Pues consideren, hermanos, su llamada. No hubo muchos sabios. Pero Dios ha escogido lo necio del mundo para avergonzar a los sabios" (1 Corintios 1,17-27)

Notamos en todo caso que San Pablo no dice que "no hay sapientes" entre aquellos que reciben el Evangelio que anuncia; dice solamente que son pocos. Lo constatamos también hoy: entre los creyentes cristianos, hay sapientes ¡pero son pocos!

En su predicación del Mesías crucificado, locura de Dios que supera la "sabiduría de los sabios" y "la inteligencia de los inteligentes", San Pablo hace referencia a diversos pasajes de Isaías y de los Salmos y los refuerza aún más:

"Aquí estoy, seguiré obrando maravillas y prodigios con este pueblo; perecerá la sabiduría de sus sabios y se eclipsará la inteligencia de sus inteligentes" (Isaías 29,14).

"El Señor vuelve vano el deseo de las naciones, el anula los dibujos de los pueblos" (Salmos 33,10).

"¿Dónde está el que registra? ¿Dónde está el que pesa el dinero? ¿Dónde está el que inspecciona las torres?", (Isaías 33,18).

"Los más sabios consejeros del faraón son un estúpido concejo. ¿Cómo se atreven a decirle al faraón: "Soy hijo de sabios, hijo de reyes antiguos"? ¿Dónde están, pues, tus sabios?", (Isaías 19,11-12). Desafortunadamente no tengo el tiempo para recordar cuáles han sido las diferentes valoraciones que los Padres de la Iglesia han expresado sobre la cultura clásica en comparación con la fe cristiana. Poseo una entera colección (1) de textos de los Padres de la Iglesia sobre este argumento, pero no es posible resumir en pocas frases sus juicios, son muy contrastantes y con distintas matices. El resultado del encuentro entre la fe cristiana y la racionalidad, desarrollado en los siglos y visto en profundidad en un contexto de violentas persecuciones por parte de los paganos, ha sido resumido magistralmente por Benedicto XVI en su discurso a la Universidad de Ratisbona:

"La convicción de que actuar contra la razón está en contradicción con la naturaleza de Dios, ¿es solamente un pensamiento griego o vale siempre y por sí mismo? Pienso que en este punto se manifiesta la profunda consonancia entre lo griego en su mejor sentido y lo que es fe en Dios según la Biblia. Modificando el primer versículo del libro del Génesis, el primer versículo de toda la sagrada Escritura, san Juan comienza el prólogo de su Evangelio con las palabras: «En el principio ya existía el Logos». (...) Logos significa tanto razón como palabra, una razón que es creadora y capaz de comunicarse, pero precisamente como razón. De este modo, san Juan nos ha

brindado la palabra conclusiva sobre el concepto bíblico de Dios, la palabra con la que todos los caminos de la fe bíblica, a menudo arduos y tortuosos, alcanzan su meta, encuentran su síntesis. En el principio existía el logos, y el logos es Dios, nos dice el evangelista. El encuentro entre el mensaje bíblico y el pensamiento griego no era una simple casualidad".

Todo sabemos hasta que punto la relación entre fe y razón - de cierto no extraña a la hipotética relación entre amor y conocimiento sobre la que estamos interrogando - sea querida por Benedicto XVI, fiel guardián de la tradición de la Iglesia. Sin embargo él mismo pone a veces en guardia sobre la búsqueda del saber.

En el texto de la alocución escrita para los estudiantes de la Universidad romana que lleva precisamente el nombre de "*La Sapienza*" ("La Sabiduría"), leemos de hecho: "*El hombre quiere conocer - quiere la verdad. Verdad se refiere sobre todo al ver, al comprender, a la teoría, como la llama la tradición griega. Pero la verdad no es nunca solamente teórica. Agustín, al poner una correlación entre las Beatitudes del Sermón de la Montaña y los dones del Espíritu mencionados en Isaías 11, habla de una reciprocidad entre 'scientia' y 'tristitia': el solo saber, dice, entristece. Y de hecho - quién ve y aprende solamente todo lo que ocurre en el mundo, acaba por ponerse triste"*

Hacemos notar que sirven los inmensos conocimientos de Benedicto XVI para recordar esta observación de San'Agustín. No había escuchado nunca expresar la idea de que el saber pudiera engendrar tristeza. Es sin embargo un hecho constatable por quien frecuente los ambientes académicos. Con ocasión de su viaje a Francia en el otoño del 2008, Benedicto XVI hizo la siguiente pregunta: "*El dinero, la sed del tener, del poder y hasta del saber, ¿no han apartado quizás al hombre de su Fin verdadero, de su misma verdad?"* (2). Recuerdo que uno de mis colegas, gran matemático y agnóstico, me dijo que, escuchando esta homilía en televisión, quedó "chocado" justo por esta frase. Hago notar - lo repito - que la frase de Benedicto XVI es una pregunta, y la vida de este profesor es - por cuanto yo sé - completamente dedicada a la búsqueda del saber matemático y en efecto no lo he oído nunca interrogarse en ningún modo sobre el "fin verdadero del hombre" o sobre "su propia verdad". No obstante eso, la pregunta de Benedicto XVI lo "chocó". Después de haber pasado por inspección los textos más aptos a instalar la duda sobre la validez del saber, la cuestión de la relación entre conocimiento, a la cual mi misma vida es consagrada por la mayor parte, y "*Finalidad verdadera del hombre*" se vuelve más candente para mí.

Tan candente que no puedo tratar de contestar solo. Necesito ser conducido por las enseñanzas de la Iglesia. He aquí por qué haré referencia a la última Encíclica de Benedicto XVI, *Caritas in veritate* - *El amor en la verdad*.

En efecto me he percatado, leyéndola, que contiene en cada parte numerosos pasos que pueden ser

ligados al tema de la relación entre amor y conocimiento.

La cuestión ya se pone en el título, "*el amor en la verdad*", si se considera como adquirida la existencia de una estrecha relación entre verdad y conocimiento. Esta relación es ella misma un misterio, susceptible de convertirse en objeto de disquisición filosófica profunda. Pero su existencia, que es bien evidente, sirvió por ejemplo como punto de partida para el extracto del discurso de Benedicto XVI en la Universidad "La Sapienza" que acabo de citar: "*El hombre quiere conocer - quiere verdad*".

Antes de ir más allá del título de la Encíclica, notamos todavía cuánto es sorprendente tal título para una encíclica "social": esta elección significa ciertamente que, según Benedicto XVI, una sociedad sólo puede tener fundamentos sólidos sobre el amor y la verdad. Estamos muy lejanos de los filósofos políticos por los cuales todo es pensado en términos de intereses y rivalidad de poder. Ahora, si la orientación hacia la verdad tiene que concretarse en algunas realizaciones sociales, éstas tienen que necesariamente comprender la búsqueda colectiva de los conocimientos y su transmisión.

Empezamos a analizar la Encíclica *Caritas in Veritate*.

Podemos notar ante todo como en numerosos pasajes la Encíclica llama la atención sobre un hecho muy concreto: la existencia de una sobresaliente similitud entre la experiencia humana del amor y aquel de la verdad o del conocimiento.

Así leemos al párrafo 52:

"*La verdad, y el amor que ella desvela, no se pueden producir, sólo se pueden acoger*". Y al párrafo 34:

"*La verdad que, como la caridad es don, nos supera, como enseña San Agustín. Incluso nuestra propia verdad, la de nuestra conciencia personal, ante todo, nos ha sido «dada». En efecto, en todo proceso cognitivo la verdad no es producida por nosotros, sino que se encuentra o, mejor aún, se recibe. Como el amor, «no nace del pensamiento o la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al ser humano*".

Nosotros sabemos bien, en efecto, que no depende de nosotros ser amados por otra persona y que, en sentido inverso, no podemos encender ningún amor en nuestro corazón con un simple acto de voluntad. Del mismo modo Benedicto XVI nos hace notar también que la verdad no depende de nosotros. Ésta es la objetividad de la verdad. Esta característica de la verdad es tan importante que casi podría funcionar como definición: la verdad es lo que nuestra voluntad no puede doblegar. En las ciencias matemáticas, por ejemplo, esto se traduce en la exigencia de demostraciones de todos los enunciados por silogismos o sea concatenaciones lógicas que, una vez escritas, se presentan como manifestaciones impersonales. La figura del matemático - o más genéricamente del buscador

de verdad - tiene que borrarse completamente tras la verdad. La impersonalidad de los trabajos matemáticos o científicos refleja lo que Benedicto XVI recuerda sobre la huella de San Agustín: la verdad es más grande que nosotros. Si podría objetar que un trabajo matemático o científico, también presentado como impersonal y sin tiempo, lleva la señal del que lo ha realizado, por lo menos en el estilo de la redacción, en su organización y eventualmente en la introducción de conceptos nuevos. De hecho la verdad pide que se tenga con ella una relación personal. Pero uno de los mejores cumplimientos que de los matemáticos pueden hacer a un nuevo trabajo consiste en declarar que es "natural": esto significa que este trabajo da la impresión de no depender del individuo que lo ha realizado, de haber estado de algún modo "escrito al dictado", de modo que cada lector pruebe la alegría de descubrir algo que siempre había llevado en sí pero que había quedado escondido y que nunca había sido capaz de expresar. Cuando los matemáticos quieren expresar la idea que una cierta elección, efectuada en el curso de un trabajo de investigación, se impone por sí misma y se manifiesta como una evidencia cuando ha sido hecha, dicen - y esto es otro piropo - que esta elección es "canónica". Extraño préstamo del diccionario de derecho eclesiástico. El "natural" es por lo tanto más sutil que la objetividad. Pero más sutil todavía - y también importante - es la realidad de la relación personal con la verdad que, no más de la verdad misma, no puede ser construida. Así nada existiría y viviría en la Iglesia si el amor estuviera ausente, según la intuición genial y sobrecogedora de Santa Teresa de Lisieux (3), del mismo modo la vida universitaria, académica y erudita y las diferentes estructuras que la hospedan no existirían o se reducirían a polvo si las personas en las que se encarna esta vida del espíritu no cultivaran en fondo a si mismos un deseo de verdad que llega de lo más lejano que cada verdad. Estoy convencido íntimamente de ello, aunque la mayor parte de los académicos, de los eruditos y de los investigadores de nuestro tiempo generalmente no usan nunca la palabra "verdad" que en cambio los mantiene apretados a sí. También esta palabra los molesta y la evitan, ninguno de ellos se consagraría a la búsqueda de verdades particulares si, en el fondo del ánimo, algo en ellos no deseara la verdad. En este sentido, ciertamente parcial y limitado, los sabientes de hoy tienen un elemento en común con aquello de "los dos hijos" (4) al cual el padre ha pedido que se fuera a trabajar en su viña y que ha contestado que allí no habría ido pero que después allí ha ido de todas maneras.

Puesto que la verdad es dada justo como el amor, recibir tal don puede suscitar en nosotros un sentimiento de maravilla. Por lo tanto es posible un sentido de maravilla por el conocimiento recibido que sea comparable a la maravilla delante del amor recibido. Benedicto XVI lo describe de modo fascinante en el párrafo 77 de la Encíclica:

"Todo conocimiento, hasta el más simple, es siempre un pequeño prodigio, porque nunca se explica

completamente con los elementos materiales que empleamos. En toda verdad hay siempre algo más de lo que cabía esperar, en el amor que recibimos hay siempre algo que nos sorprende. Jamás deberíamos dejar de sorprendernos ante estos prodigios. En todo conocimiento y acto de amor, el alma del hombre experimenta un «más» que se asemeja mucho a un don recibido, a una altura a la que se nos lleva"

Podemos notar que se trata una vez más de una similitud. De hecho el sentido de maravilla que nace si solamente prestamos suficiente atención a lo que nos es dado es un nuevo don, que aumenta el don del conocimiento o aquel del amor. Y la maravilla está en si misma una entrada en el amor.... El paralelismo muy profundo entre verdad y amor también es evidente en los efectos. Un efecto particularmente importante del compartir la verdad o el amor es la comunión que crean. A este propósito Benedicto XVI hace una comparación sorprendentemente audaz:

"Como el amor sacramental une a los esposos espiritualmente en «una sola carne» (Gn 2,24; Mt 19,5; Ef 5,31), y de dos que eran hace de ellos una unidad relacional y real, de manera análoga la verdad une los espíritus entre sí y los hace pensar al unísono, atrayéndolos y uniéndolos en ella" (fin del párrafo 54)

Este fenómeno es evidente en el entorno académico al que pertenezco. Nosotros los matemáticos tenemos a menudo convicciones muy diferentes, provenimos de un gran número de diversos países esparcidos en todos los continentes, pero estamos de acuerdo sobre las ciencias matemáticas. Esto significa que estamos de acuerdo sobre lo auténtico y sobre lo falso en matemáticas y, a partir de eso, sobre un " más" que puede ser, por ejemplo, lo bello en matemática. En la medida en que somos todos dirigidos hacia la verdad matemática, todos la queremos y nos esforzamos en servirla, ahorrándonos los conflictos personales mucho más de lo que se hace en otros ambientes laborales. Dicho esto, no sería exacto afirmar que la comunión entre matemáticos, tal como yo puedo conocerla y experimentarla, ¡sea de verdad comparable a la comunión sacramental entre esposos! Según Benedicto XVI, esto tiene que significar que el conocimiento académico especializado no representa todo el conocimiento. En su forma erudita, no es orientada hacia la verdad en su entereza sino únicamente hacia una verdad particular. Esto significa por tanto, que las verdades particulares no tienen la necesidad de ser abandonadas, sino más bien de hallar su nexos con la verdad en su entereza.

La evidencia de esta necesidad aparece con toda su fuerza si se ponen en comparación los pasajes de las Sagradas Escrituras contra los sabios y los sapientes, que hemos leído al principio, tal como las admoniciones expresadas por Benedicto XVI, con lo que escribe a propósito de la verdad en su Encíclica.

Los pasajes más sorprendentes para nosotros los Cristianos son aquellos que parecen querer

subordinar la manifestación del amor a la de la verdad.

En el párrafo 3 de la introducción de la Encíclica leemos:

"Sólo en la verdad resplandece la caridad y puede ser vivida auténticamente. La verdad es luz que da sentido y valor a la caridad."

Y en el párrafo sucesivo:

"Puesto que está llena de verdad, la caridad puede ser comprendida por el hombre en toda su riqueza de valores, compartida y comunicada".

Ante todo, propongo leer estos pasajes desde un punto de vista teológico, recordando con precisión y sin confusión la doble afirmación de las Sagradas Escrituras: "Dios es amor" (5) y "*Cristo es verdad*" (6). Ni Juan el Evangelista, ni ningún otro autor de las Sagradas Escrituras llama Dios la verdad. De toda manera, las Escrituras dicen repetidamente que Dios es verdadero y que su Palabra es verdad. E - insisto una vez más sobre este punto - Juan lleva la declaración sorprendente de Cristo sobre sí mismo: "*Yo soy la verdad*". Ya que el *Logos*, Palabra eterna de Cristo, se ha hecho carne en la persona de Cristo, Cristo es la verdad. De Dios él escribe que es amor. Si, por lo tanto, "*sólo en la verdad la caridad resplandece*", es ante todo porque Dios resplandece sólo en Cristo (7).

Si "*sólo en la verdad resplandece la caridad y puede ser vivida auténticamente*", es ante todo porque nada llega al Padre si no es mediante Cristo (8).

Si "*la verdad es luz que da sentido y valor a la caridad*", es ante todo porque Cristo es la luz de los hombres (9) y Dios ha manifestado plenamente su gloria a través de él y en él (10). Si el amor está "*lleno de verdad*", es ante todo porque todo lo que es del Padre es del Hijo y todo lo que le pertenece al Hijo le pertenece al Padre (11) y Padre e Hijo son uno solo (12). Si "*puesto que está llena de verdad, la caridad puede ser comprendida por el hombre en toda su riqueza de valores*", es ante todo porque Cristo les ha dado a conocer a sus discípulos - que ha llamado amigos - todo lo que aprendió de su Padre (13). Si esta caridad "*puede ser comprendida por el hombre en toda su riqueza de valores, compartida y comunicada*", es ante todo porque, con base en su promesa, Cristo manda de parte del Padre sobre sus discípulos el Espíritu de verdad que procede del Padre y que testimonia en favor de Cristo (14).

Finalmente es el título mismo de la Encíclica - "*El amor en la verdad*" - que se relaciona sin duda a la afirmación de Cristo: "*Yo soy en el Padre y el Padre está en mí*" (Juan 14,10).

En el prólogo del Evangelio de Juan también se afirma, a propósito del *Logos* divino encarnado en la persona del Cristo, que "*Todo lo hizo Dios por medio de él; y sin él nada hizo de cuanto existe*" (Juan 1,3). Eso implica que las verdades particulares - y pues los conocimientos verdaderos que son impresos en el espíritu de los hombres - son chispas de la única verdad que es la persona de Cristo,

Palabra eterna de Dios. El conocimiento bueno es el conocimiento inspirado por el deseo y la espera de la verdad en su entereza, o sea al final – conscientes o no - de la figura de Cristo. Cada verdadero conocimiento es bueno, con tal que sea inspirado por este deseo y por esta espera. Los sabientes y los sabios no son criticados por sus conocimientos y nociones, tan loables cuanto necesariamente parciales en sí mismos, sino son criticados cuando les falta el deseo y la espera de verdad en su entereza.

La verdad en su entereza es el Logos divino, Palabra eterna de Dios, encarnado en Cristo y en el cual Dios ha manifestado su gloria. No me parece por lo tanto absurdo afirmar que el misterio de la relación entre el Padre y el Hijo sea el fundamento teológico último del conocimiento y de su validez. Esto explica la fuerza con la cual, por ejemplo en párrafo 30 de su Encíclica, Benedicto XVI reafirma el valor del saber y la obligación de cultivarlo, incluso subrayando una condición necesaria, o sea que el saber no sea separado de su fuente:

"La caridad no excluye el saber, más bien lo exige, lo promueve y lo anima desde dentro. El saber nunca es sólo obra de la inteligencia. (...) ha de ser «sazonado» con la «sal» de la caridad. Sin el saber, el hacer es ciego, y el saber es estéril sin el amor"

Pero no está sólo escrito: *"En el principio ya existía la Palabra, la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios"* (Juan 1,1-2). Está también escrito: *"Y la Palabra se hizo carne y se estableció con nosotros"* (Juan 1,14). La Palabra eterna de Dios, que es la verdad, se ha encarnado en un individuo particular, Jesús de Nazaret, que ha nacido y vivido en un lugar particular, en seno de un pueblo particular, en un momento particular, y su vida fue un tejido de acontecimientos particulares de los cuales algunos son recogidos en los cuatro Evangelios y componen su sustancia. Para aprender a conocer el Logos, es necesario pasar a través del conocimiento y del amor del hombre Jesús de Nazaret. No me parece pues absurdo decir que el misterio de la encarnación es el fundamento teológico último de la validez de los conocimientos particulares y su necesidad: sólo se va hacia el conocimiento mediante la búsqueda y el aprendizaje de conocimientos particulares y argumentos específicos. En esta búsqueda el respeto y el deseo de la verdad animan la elaboración de diferentes métodos racionales, chispas del Logos, en los cuales cada uno define una disciplina del saber que merece tener su rol: ninguna disciplina representa la verdad en su entereza pero cada una es su reflejo. Es por lo tanto principalmente en este sentido que propongo entender la afirmación de Benedicto XVI en la continuación del párrafo 30:

"La caridad en la verdad exige ante todo conocer y entender, conscientes y respetuosos de la competencia específica de cada ámbito del saber".

Entre las disciplinas intelectuales están incluidas las ciencias de la naturaleza, de las que conocemos el extraordinario desarrollo en la época moderna. Sus fundamentos teológicos últimos son la

afirmación de que Dios ha creado el mundo y todo lo que contiene: Dios ha creado la naturaleza y la mantiene en el ser con su Palabra, con el Logos, así que estudiar la naturaleza es equivalente a estudiar una expresión de la Palabra de Dios y a dejar subir hacia él la alabanza de su obra y de sus dones. Benedicto XVI escribe en el párrafo 48 de la Encíclica:

"La naturaleza es expresión de un proyecto de amor y de verdad. (...) Nos habla del Creador (cf. Rm 1,20) y de su amor a la humanidad. Está destinada a encontrar la «plenitud» en Cristo al final de los tiempos (cf. Ef 1,9-10; Col 1,19-20)".

Y en alguna línea después:

"El ambiente natural no es sólo materia disponible a nuestro gusto, sino obra admirable del Creador y que lleva en sí una «gramática» que indica finalidad y criterios para un uso inteligente, no instrumental y arbitrario".

La "gramática" del ambiente natural evocada por Benedicto XVI comprende las ciencias matemáticas: como han maravillosamente profundizado los modernos después de Galileo, es un hecho que el mundo físico obedezca a leyes matemáticas que el espíritu del hombre puede descubrir y comprender. Es una forma de manifestación de la racionalidad de la naturaleza, tal como Dios la ha creado con la Palabra.

Sin embargo, la "gramática" de la que habla Benedicto XVI no se reduce a las leyes matemáticas del mundo físico. Se lo comprende claramente con el uso de términos como "finalidad", "criterios" y "sapiente."

La célebre fórmula de Galileo que está a la base de la ciencia moderna - *"El mundo es escrito en lenguaje matemático"* – se vuelve falsa y peligrosa en el caso de que se la quiera interpretar así: el mundo es una estructura matemática y la verdad o la esencia del mundo es matemática. Ésta es una forma de reduccionismo que constituye una tentación permanente a la que los hombres de ciencia están expuestos.

El peligro de interpretar la fórmula de Galileo en un sentido totalizador y limitante ha sido aumentado desmedidamente por el éxito maravilloso y fascinante de la ciencia galileiana. El siguiente paso del Timeo de Platón parece paradójicamente, en cierto sentido, más abierto respecto a esta fórmula de Galileo y por lo tanto más cristiano:

"Mixta es la generación de este mundo, siendo ello engendrado por el acuerdo de Necesidad y Mente. Pero la Mente dominando la Necesidad, la confortó por querer reducir al Bien la mayor parte de las cosas que se generaban; y la Necesidad humillándose ante su persuasoria sabiduría, así y de tal forma, es el principio con que está hecho este universo" (15).

Es imposible hablar de las ciencias de la naturaleza sin mencionar la técnica, que ha transformado el mundo terrenal, y en particular modo la técnica moderna que es atada indisolublemente a la ciencia

galeiliana. De hecho, Benedicto XVI se pronuncia también en mérito de esto. Como también sobre otros temas, invoca un equilibrio y pone en guardia contra el doble peligro de ceder al "atractivo" de la técnica o bien, de rechazarla. En efecto, en su Encíclica, al párrafo 69, utiliza a propósito de la técnica un lenguaje tan positivo que llega a sorprender:

"La técnica — conviene subrayarlo — es un hecho profundamente humano, vinculado a la autonomía y libertad del hombre.(...) Responde a la misma vocación del trabajo humano: en la técnica, vista como una obra del propio talento, el hombre se reconoce a sí mismo y realiza su propia humanidad".

El trabajo es constitutivo del ser hombre y a través de éste se manifiesta el hecho que Dios lo ha creado a su propia imagen y semejanza. Benedicto XVI ya había insinuado en este carácter humano y divino del trabajo en su discurso en el *Collège des bernardins*, citando la palabra de Jesús en el Evangelio según Juan: *"El Padre mío está todavía trabajando, y yo también trabajo"* (Juan 5,17). La sorprendente bendición de la técnica de parte de Benedicto XVI también me recuerda su alabanza del "desarrollo moderno del espíritu", o sea - en términos más concretos - del desarrollo moderno del conocimiento, en su discurso en la Universidad de Ratisbona:

"Este intento de crítica de la razón moderna desde su interior, expuesto sólo a grandes rasgos, no comporta de manera alguna la opinión de que hay que regresar al período anterior a la Ilustración (Aufklärung), rechazando de plano las convicciones de la época moderna. Se debe reconocer sin reservas lo que tiene de positivo el desarrollo moderno del espíritu: todos nos sentimos agradecidos por las maravillosas posibilidades que ha abierto al hombre y por los progresos que se han logrado en la humanidad. Por lo demás, la ética de la investigación científica debe implicar una voluntad de obediencia a la verdad y, por tanto, expresar una actitud que forma parte de los rasgos esenciales del espíritu cristian".

No creo haber escuchado jamás en la boca de alguno de mis amigos científicos modernos y generalmente progresistas un elogio tan profundo y tan patente de la técnica moderna o del desarrollo moderno del espíritu. Los periodistas y los sediciosos intelectuales que describen a Benedicto XVI como un antimoderno demuestran sencillamente no haberlo leído. Benedicto XVI no invita a renunciar a algún saber ni a alguna realización de nuestra humanidad; invita una vez más y siempre a no reducir nuestra humanidad, a no empobrecerla, por ejemplo sustituyendo a la realidad de la Creación unas representaciones que parecen debilitarla, lo que es imposible. No tenemos que renunciar a la técnica, pero tampoco no tenemos que reducir a ella nuestra condición y volvernos prisioneros de ella. No hay necesidad de renunciar a la ciencia de Galileo pero no es necesario circunscribir a ella la esencia del mundo. Leemos el párrafo 70 de la Encíclica:

"Conscientes de esta atracción de la técnica sobre el ser humano, se debe recuperar el verdadero sentido de la libertad, que no consiste en la seducción de una autonomía total, sino en la respuesta a la llamada del ser, comenzando por nuestro propio ser".

La reducción de la naturaleza a su representación galeiliana y su instrumentalización técnica está en consonancia con la reducción del hombre a su representación positivista de tipo mecanicista. En el párrafo 76 de la Encíclica leemos:

"Uno de los aspectos del actual espíritu tecnocrático se puede apreciar en la propensión a considerar los problemas y los fenómenos que tienen que ver con la vida interior sólo desde un punto de vista psicológico, e incluso meramente neurológico. De esta manera, la interioridad del hombre se vacía y el ser conscientes de la consistencia ontológica del alma humana, con las profundidades que los Santos han sabido sondear, se pierde progresivamente. El problema del desarrollo está estrechamente relacionado con el concepto que tengamos del alma del hombre, ya que nuestro yo se ve reducido muchas veces a la psique, y la salud del alma se confunde con el bienestar emotivo. Estas reducciones tienen su origen en una profunda incomprensión de lo que es la vida espiritual y llevan a ignorar que el desarrollo del hombre y de los pueblos depende también de las soluciones que se dan a los problemas de carácter espiritual".

Una vez más Benedicto XVI no invita a renunciar a la psicología ni a la neurología. Invita a no reducir a éstas las representaciones de nuestra vida interior.

De mi parte estoy muy impactado que en un país como Francia yo no escuche prácticamente nunca la palabra "alma" ni la lea en los autores contemporáneos: ya no es usada, menos por los periodistas, por los científicos, por los hombres comunes, tampoco por los escritores, y lo es muy raramente - me parece - por los sacerdotes en sus homilías. Ya no se dice "el alma", se dice "el cerebro". Uno de mis colegas profesores, hoy oficialmente jubilado, científico de fama mundial y autor de trabajos muy influyentes, ha publicado recientemente un libro de memorias sobre su entorno de matemáticos y físicos teóricos y lo ha titulado *El cerebro de los matemáticos* (16). En esto hay una terrible pérdida, no solamente de la herencia de la tradición de la Iglesia sino que también del pensamiento griego.

También entre los Cristianos atentos a la vida interior, ¿cuántos reconocen igual autoridad en el Castillo interior de Santa Teresa de Ávila y en los manuales de psicología o psicoanálisis? Sin embargo fue justo empezando a estudiar psicología en la universidad y sintiendo la necesidad de basarse esta ciencia en fundamentos filosóficos más sólidos que Edith Stein se vuelve alumna de Husserl; y son sus estudios de fenomenología racional bajo la dirección de Husserl que la han conducido a interesarse en las obras de grandes místicos, maestros de conocimiento de la vida interior. Conocemos la historia de su descubrimiento del *Libro de mi vida* de Santa Teresa de Ávila,

leído en una noche y decisivo para su conversión. Cargada de todos sus conocimientos, cerrando este libro al alba, dijo: *"He aquí la verdad"*. Más allá de la conversión, la condujo al Carmelo y luego a la santidad...

El problema del predominio actual de una representación mutilada y reductiva del ser hombre en el positivismo cientista tiene consecuencias enormes, sobre todo en materia de educación. Este argumento merecería por sí solo un gran número de conferencias. Señalamos solamente este pasaje del párrafo 61 de la Encíclica:

"Con el término 'educación' no nos referimos sólo a la instrucción o a la formación para el trabajo, que son dos causas importantes para el desarrollo, sino a la formación completa de la persona. A este respecto, se ha de subrayar un aspecto problemático: para educar es preciso saber quién es la persona humana, conocer su naturaleza".

Ésta es una de las razones por las que el Papa Benedicto XVI, sobre las huellas de Papa Pablo VI y de toda la tradición de la Iglesia, invita a no alejarse del saber o desconfiar del pensamiento, sino que al revés anima más el pensamiento y más el saber:

"Pablo VI señalaba que «el mundo se encuentra en un lamentable vacío de ideas». La afirmación contiene una constatación, pero sobre todo una aspiración: es preciso un nuevo impulso del pensamiento (...)" (párrafo 53). *"La excesiva sectorización del saber, el cerrarse de las ciencias humanas a la metafísica, las dificultades del diálogo entre las ciencias y la teología, no sólo dañan el desarrollo del saber, sino también el desarrollo de los pueblos, pues, cuando eso ocurre, se obstaculiza la visión de todo el bien del hombre en las diferentes dimensiones que lo caracterizan. Es indispensable 'ampliar nuestro concepto de razón y de su uso' (...)"* (párrafo 31).

El deseo y la espera de la verdad en su entereza son *amor en el conocimiento*. Este amor en el conocimiento es el verdadero inspirador y motor de la búsqueda de todas las verdades particulares y su transmisión; es este amor quien permite saber que estas verdades particulares no encierran la verdad y empujan a restablecerse en marcha. Tal como leemos en el párrafo 30 de la Encíclica: *"Siempre hay que lanzarse más allá: lo exige la caridad en la verdad. Pero ir más allá nunca significa prescindir de las conclusiones de la razón, ni contradecir sus resultados. No existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor."*

M. BERSANELLI: Creo que esta tensión, esta relación entre la verdad particular y la verdad plena sea algo que, como nos ha sido comunicado hoy, nos vuelve a poner en movimiento. No sé como sea para ustedes, pero creo que tenga razón Laurent cuando hace poco ha dicho que lo que falta en nuestras escuelas, en nuestras universidades, en general entre nosotros, es justo este deseo de la verdad plena. Creo que el testimonio de Laurent esta noche nos ha reavivado este deseo de la

verdad plena, que no quita nada, que no pide renunciar a nada, sino que, es más, empuja a ir al fondo de la verdad particular que cada uno de nosotros puede seguir, investigar y conocer. Por esto la gratitud es grande, y creo que lo que se nos ha dicho esta noche es talmente rico que propongo que el texto de la intervención se ponga a disposición lo antes posible. Tenemos que volver absolutamente sobre él y poder todavía usarlo en el futuro. Gracias a todos.

NOTAS

- (1) *Fede cristiana e cultura classica*, textos presentados y comentados por Bernard Pouderon, Ediciones Migne, 1998.
- (2) Homilía de la Santa Misa celebrada sobre el Esplanade des Invalides en París el 13 de septiembre de 2008.
- (3). "*Entendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto por diversos miembros, el más necesario, el más noble de todos no le faltaba: entendí que la Iglesia tenía un corazón y que este corazón era encendido de amor. Entendí que sólo el amor hacía actuar los elementos de la Iglesia: que si el amor se tuviera que apagar, los Apóstoles ya no anunciarían el Evangelio, los Mártires rechazarían derramar su sangre.... Entendí que el amor encerró todas las vocaciones, que era todo, que abrazaba a todos los tiempos y a todos los lugares...; en una palabra, que era eterno!*". Carta a Hermana María del Sagrado Corazón, el 8 de septiembre de 1896.
- (4) "*¿Que les parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: 'Hijo, ve a trabajar hoy en la viña'. Y él contestó: 'Voy, señor'; pero allí no fue. El padre se acercó al segundo y le dijo la misma cosa. Él contestó: No tengo ganas de ello; pero luego, se arrepintió, y allí fue. ¿Cuál entre los dos hizo la voluntad del padre?'*" (Mateo 21,28-31)
- (5) 1Juan 4,16.
- (6) "*Jesús le dijo: 'Yo soy el camino, la verdad y la vida'*", Juan 14,6.
- (7) "*Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te glorifique. (...) Yo te he glorificado sobre la tierra, habiendo cumplido la obra que tú me has encargado*", (Juan 17,1-4).
- (8) "*(...) Nadie llega al Padre si no a través de mí*", (Juan 14,6).
- (9) "*La verdadera luz que ilumina a cada hombre estaba llegando al mundo*", (Juan 1,9).
- (10) "*Ahora, oh Padre, glorifícame junto a ti con la gloria que tenía cerca de ti antes que el mundo existiera*", (Juan 17,5).
- (11) "*(...) y todas mis cosas son tuyas, y tus cosas son mías*", (Juan 17,10).
- (12) "*Yo y el Padre somos uno*", (Juan 10,30).
- (13). "*Yo no os llamo más siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre*", (Juan

15,15).

(14) "*Cuando venga el Paráclito que yo os mandaré de parte del Padre, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, dará testimonio de mí*" (Juan 15,26).

(15) Platón, *Timeo*, traducción de Francesco Acri.

(16) Más precisamente ésta es la traducción literal de la edición original inglesa: *The mathematician's brain*. Ha sido publicada una edición francesa cuyo título me gusta mucho más: *La extraña belleza de las matemáticas*, Odile Jacob, 2009. El título de la edición italiana es *La mente matemática*.